

Redactor Responsable: MODESTO LLANTADA * Administradora: ROSA B. DE LLANTADA * Oficinas: Suárez 71 — SALTO.
Año LIX — N° 19.588 — Lunes 16 de Agosto de 1965. — Teléf.: Dirección 687 — Administración 288. — Redacción 808

Julio E. Suárez - "Peloduro" - se marchó, ayer, para siempre

Hace muy pocos días, al consignar la noticia de la gravedad del estado de salud de "Peloduro", decíamos que no obstante alimentar aún la esperanza de una recuperación, no queríamos incurrir en ilusorios optimismos. Es que estábamos impuestos de la implacabilidad de la dolencia que ayer en las primeras horas de la tarde hizo crisis. "Peloduro" se ha marchado para siempre. El periodismo nacional —y no exageramos si vamos más allá en la dimensión de la pérdida,— sufre un serio golpe, en una de sus disciplinas más difíciles y en las que Julio Suárez alcanzó sólida superioridad: La nota del buen humor, que se compone con chispazos de ingenio. Y en la que nuestro conterráneo, glosaba o satirizaba con trazo rápido, los sucesos más trascendentes o denunciaba la flaqueza o la inconducta de algún personaje, en alardes incomparables de penetración psicológica. Pero, eso sí, vertiendo la dosis generosa de gracia, que llevó, tantas veces, a quienes fueron objetivo de su lápiz magistral, a estrecharlo en un abrazo fraterno en plena calle, al encontrarlo. "Peloduro" fue un creador. Tuvo una concepción estética personalísima de la caricatura. Y ello lo debió no solo a una aptitud connatural, sino en buena parte a su contacto con las cosas, las costumbres los hombres. Los chicos y los grandes. Había venido a la vida para entregarse a la faena que le reclamó todas las horas. Recordamos su paso por las aulas del Instituto Politécnico "Osmani y Llerena". Le sobró capacidad para alcanzar con rapidez un título universitario. Pero ni los bancos de clase, ni la rutina de los programas, ni los moldes de la escolaridad, podían contener y mucho menos reprimir el impulso de su temperamento pujante que no demoraría en hallar cauce vivo en el arte al que dió el tesoro de su rica imaginación y de la técnica intuitiva del sagacismo buceador de hechos y de almas.

— * * —

Julio Suárez cursaba primer años del Liceo, en Salto, y en cierta ocasión, mientras la clase se desarrollaba monótonamente, se oyeron, desde un grupo que se sentaba junto a aquel, estruendosas carcajadas. El profesor se puso de pie, en el pupitre, fuera de sí. Empezaron las indagaciones para deslindar responsabilidades, en tanto que observaba que una hoja de cuaderno revoloteaba por encima de las cabezas de los muchachos. Era una caricatura del profesor que Julio Suárez —casi un niño aún—, había compuesto, mostrando ya lo que sería en poco tiempo, insuperable maestría. El "cuerpo del delito" llegó a las manos del docente irritado. Pero ante el estupor de los muchachos, el enojo se cambió, de golpe, en otra carcajada que terminó con una efusiva felicitación al autor del



Julio Suárez —todavía no era el inimitable "Peloduro"— en periódicos, revistas, jornadas festivas de los estudiantes, iban enseñando a las claras la seguridad de una vocación que concluiría por acreditarlo, más tarde, en una prestigiosa experiencia metropolitana, como uno de los humoristas de genio en el Río de la Plata.

— * * —

Claro que el oficio le resultó arduo, en cuanto a las utilidades materiales. Pero tras las jornadas de abatimiento —nunca para su recio y sano espíritu fueron derrotas ni mucho menos fracasos,— advinieron las etapas de resurgimiento. Y en cada una de ellos, un paso adelante, en el orden de la calidad y finura de sus trabajos. Así prevaleció —y es una de sus creaciones que han de inmorta-

DURO. Cuando se le nombraba —y cuando se le nombre— ya se ha de saber de quien se trata. Y en el espíritu de miles y miles de lectores o de oyentes radiales o televidentes, la simple mención de la palabra, aparejará la evocación inmediata de quien le dió imperecedera existencia y en miles y miles de memorias como se retuvieron siempre, continuarán asomando, en una actualidad inextinguible, las prosas amenísimas y las figuras de inefable comicidad y las frases chispeantes que hacían reír, desde adentro, pero también hacían pensar.

— * * —

Si al dar, hoy, la mala nueva de su muerte, insistiéramos en la práctica de los consabidos artículos necrológicos con las inevitables exaltaciones póstumas, cometeríamos una deslealtad con el gran amigo, que fué para nosotros Julio Suárez Sedraschi. Porque lo conocimos a fondo y lo quisimos y lo comprendimos y porque alentó en él una filosofía de la vida, altamente humana, acérrima enemiga de los lugares comunes y de la habitualidad de circunstancias. Nos cuentan familiares suyos, que estuvieron junto a su lecho de desahuciado, en los últimos días, que en ningún momento dejó de ser el muchacho sencillo y jovial, rasgos inalterables de su carácter. "De éste pozo, no me sacan más...", expresó ante quienes le rodeaban. Y no porque no deseara vivir! Y cuando parecía que quería torturarlo la certidumbre de la proximidad de su fin, convocaba, de nuevo, sus postreras energías y sus postreros destellos de bonhomía. Esa bonhomía que le hizo tan singular en la convivencia con los otros y que fué como el sello distintivo de su valiosa personalidad.

— * * —

Se ha marchado para siempre. Y en plena lozania de su capacidad creadora. Nos resultaba absurdo reconocerlo en la inmovilidad definitiva. Nos alivia la pena de su partida, la seguridad de que ha muerto envuelto en el tierno afecto de familiares, de amigos y de admiradores. Que los tuvo, repetimos, hasta en quienes no comulgaron con su enfoque doctrinario de la realidad del mundo, pero coinciden, sin reservas, en la autenticidad de los atributos que le distinguieron. A esta casa de TRIBUNA SALTEÑA, Julio Suárez, primero y "Peloduro", después, estuvieron ligados por el más puro de los vínculos amistosos. En sus "escapaditas" al terruño —como a él le gustaba decir,— no dejaba de hacernos la visita cordial de siempre. Se explica, pues, la dramática resonancia de su desaparición, que por otra parte, se torna sensible en el pueblo todo, de la república, al que el eminente conterráneo ofrendara, a raudales, los frutos de su maravilloso in-